

La vida cotidiana y el seguimiento de Jesús



Grupo Ende Formación

Vivimos a veces un cristianismo de grandes momentos: pascuas, celebraciones, oraciones en la penumbra de las velas con música ambiente, textos y dinámicas espectaculares, vibrando todos con el testimonio de cada uno... Sin duda momentos esenciales que han marcado nuestra vida. Pero ¿y nuestra vida cotidiana?, ¿vibra igual?, ¿está marcada por la provocación constante del Evangelio o discurre al margen de este? Sin duda la vida cotidiana es nuestra asignatura pendiente. Merece la pena que la analicemos a la luz clarividente del evangelio. ¿Qué tendría que decirnos Jesús a nuestra vida cotidiana?

1. Mi horario y el horario de Jesús

Lo primero de todo es decir que Jesús no actuaba en grandes momentos, sino que se relacionaba con las personas en la vida cotidiana. Se encontraba con ellos en el camino, en el mercado, en una comida, en la sinagoga, en la calle.

¿Seríamos capaces de aguantar un careo entre nuestra vida cotidiana y la de Jesús?

Escribe en un folio cinco columnas.

En la primera vas a poner tu horario normal de cada día. Al final puedes incluir las actividades que haces el fin de semana. Cuenta las horas que dedicas a cada actividad.

En la segunda vas a poner las motivaciones o valores que te mueven a realizar esas actividades.

Después de esto vas a leer Mc 1, 21-45. En él se describe un día cualquiera de la vida de Jesús. Ten en cuenta que para un judío el día empezaba después de comer, por la tarde y no como nosotros, por la mañana.

Apunta en la tercera columna qué es lo que hace Jesús en un día cualquiera de su vida.

En la cuarta columna apunta cómo lo hace, ¿qué valores rigen su vida cotidiana?

Por último, compara tu vida cotidiana con la de Jesús.

Marcos 1, 21-45

Entraron en Cafarnaún, y, el sábado, Jesús fue a la sinagoga y se puso a enseñar. Todos se maravillaban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los maestros de la ley.

En la sinagoga había un hombre poseído de un espíritu inmundo, que se puso a gritar: «¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres: ¡El santo de Dios!». Jesús le increpó: «Cállate y sal de él». Y el espíritu inmundo, retorciéndole y gritando, salió de él. Todos quedaron estupefactos y se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva con tanta autoridad! ¡Manda a los espíritus inmundos y le obedecen!». Y su fama se extendió rápidamente por todas partes en todo el territorio de Galilea.

Salieron de la sinagoga y fueron a la casa de Simón y de Andrés, con Santiago y Juan. Le dijeron que la suegra de Simón estaba en cama con fiebre. Él la agarró de la mano y la levantó. La fiebre desapareció, y ella se puso a atenderle. Al anoecer le llevaron todos los enfermos y endemoniados, y toda la ciudad se agolpó a la puerta. Jesús curó a muchos pacientes de diversas enfermedades y lanzó muchos demonios; pero no les dejaba hablar, porque lo conocían.

Muy de madrugada se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí estuvo rezando. 36 Simón y sus compañeros lo buscaron, lo encontraron y le dijeron: «Todos te están buscando». Él les dijo: «Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, a predicar también allí, pues para eso he salido». Y marchó a predicar en las sinagogas por toda Galilea, y echaba a los demonios.

Se acercó a él un leproso, se puso de rodillas y le dijo: «Si quieres, puedes limpiarme». Él, compadecido, extendió la mano, lo tocó y le dijo:

–Quiero, queda limpio.

Al instante le desapareció la lepra y quedó limpio.

Entonces lo despidió advirtiéndole severamente:

–No se lo digas a nadie; vete, preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les conste a ellos.

Él, sin embargo, tan pronto como se fue, se puso a divulgar a voces lo ocurrido, de modo que Jesús no podía ya entrar abiertamente en ninguna ciudad. Tenía que quedarse fuera, en lugares despoblados, y aun así seguían acudiendo a él de todas partes.

Mi vida cotidiana	Valores o motivaciones que impulsan mi horario	La vida cotidiana de Jesús	Los valores y motivaciones de Jesús

--	--	--	--

2. La vida cotidiana de Jesús

Un estilo de vida como el de Jesús no se improvisa. Supone una elección de objetivos. ¿Qué es lo que le lleva a Jesús a vivir así?

La carta a los Hebreos resume la vida de Jesús en dos valores: obediencia y solidaridad.

2.1 Obediencia: Jesús tenía un plan

Hoy la palabra “obediencia” nos suena mal, parece que está reñida con la palabra libertad. Hay que entenderla bien. Cuando la Biblia habla de obediencia, no habla de obediencia ciega o de imposición. Se trata más bien de elegir un proyecto que te convence y serle fiel hasta el final. Jesús es obediente al Padre porque se abandona con todas sus fuerzas a realizar el plan de Dios sobre el mundo. Jesús sabe que Dios quiere que todo el mundo viva, y viva en abundancia (Jn 10,10), en plenitud. Y eso se llega a realizar cuando uno es capaz de renunciar a sus propios planes y objetivos y decide emplear su persona a realizar el plan del Reino, el plan de Dios. Jesús lo hizo y toda su vida la empleó en descubrir este plan de Dios sobre él y realizarlo.

Por eso no busca el éxito personal (habita en los descampados, pide a los curados que no le hagan publicidad); pero tampoco se esconde. No hace acepción de personas, sino que atiende a los que le necesitan. No busca las acciones espectaculares sino que va respondiendo en la vida cotidiana a los problemas cotidianos que se le presentan.

¿Cómo hace para descubrir el plan de Dios? Pues es muy claro: dedicaba gran parte de su tiempo a la oración. Es el único modo de descubrir los signos que Dios nos deja en la vida cotidiana. Sin embargo la oración de Jesús es una oración tremendamente conectada con la vida (ver Mt 11, 25-30).

¡¡¡¡Atención!!!! ¡¡¡¡Rayada!!!!

Pero tío, ¿cómo se puede ser feliz renunciando a tu proyecto, a tus sueños, a tu afán de autorrealización? Ya está Dios pidiendo demasiado. Parece que para seguirle tienes que renunciar a ti mismo.

Claro. Para los que vivimos en nuestra cultura oír esto es un poco traumático. Porque nos han metido en vena la idea de que la felicidad está justo detrás de la realización de nuestros sueños y proyectos. Pero la realidad de muchísimas personas no es esa. Hay que ver la cantidad de personas que sienten una profunda frustración y, sin embargo, lo han tenido todo. Incluso en tu propia vida, cuando has podido realizar tus planes, ¿no has tenido la experiencia de que no ha sido tan satisfactorio como tú soñaste?

La vida, la verdadera vida no está en la realización de tu proyecto; sino en la capacidad de descubrir y realizar lo que Dios ha soñado para ti. Nosotros tenemos unas miras muy cortas. Ni siquiera sospechamos donde podemos llegar. Dios sí sabe donde podemos llegar; recuerda que Él nos ha creado. Es normal que tengamos resistencias y miedos, pero Él pone en nosotros la fuerza suficiente para vencerlos.

En realidad, abandonarse a un proyecto que no es el tuyo, pero que es más grande te proporciona dos alivios:

- 1) No cabe el fracaso: porque el éxito del proyecto no depende de tus fuerzas. El éxito está garantizado por Dios que es el que dirige los hilos de la historia. Recuerda que los hombres hacen la historia, pero es Dios quien la dirige.
- 2) No cabe el engreimiento: porque todos los pequeños logros no son gracias a nosotros. Somos mero instrumento de Dios. Eso nos hace más realistas y humanos: no nos medimos por nuestros éxitos sino por la capacidad de ser misericordiosos.

Yo creo que con estas dos convicciones se vive más tranquilo, menos pretenciosamente: no tienes que demostrar nada a nadie, se pierde la tensión del miedo a fracasar. Se vive más dispuesto a la acogida de las personas tal como son, más dispuesto a la comunión.

Solidaridad: la misericordia en acción

Jesús no realiza ninguna acción espectacular. Lo podía haber hecho. Podría haber curado a gente importante, o haber hecho milagros más mediáticos... Pero no lo hizo porque esa no era su misión.

El plan de Dios sobre él era el de convertirlo en su rostro para los hombres, de tal manera que al verle cómo actuaba y al oír sus palabras, la gente entendiera que Dios es un Padre que ama a los hombres. Jesús de alguna manera se dedicó a ser un hombre-



misericordia, para que todo el que se encontrara con él pudiera experimentar cómo Dios le ama. Por eso, más que milagros, lo que Jesús provoca son encuentros donde la persona es reconocida y aceptada como lo que es. Este reconocimiento provoca sanación, legitimación, aceptación social, reconocimiento, liberación de estructuras sociales y religiosas que atenazaban a la gente.

Jesús jamás trata a las personas por lo que representan o por lo que tienen. Siempre va directamente al grano, no pierde el tiempo. Se relaciona con el yo profundo de cada uno, no se anda con rodeos, pone encima de la mesa la verdad de cada persona. Pero lo hace de tal manera que el otro no se siente juzgado ni avergonzado, sino liberado, aceptado, amado: ved por ejemplo, la Samaritana (Jn 4, 16ss); o la pecadora (Jn 8, 1-11). Trata con tremenda delicadeza al pobre, al enfermo, al endemoniado (al enfermo psicológico). Pero tampoco se corta de cantarle las cuarenta al explotador, al injusto y al hipócrita (Mt 12, 22-37).

Jesús quiere transformar la sociedad transformando a las personas, haciéndolas sentir amadas: esta es el objetivo de Dios. La misericordia tiene una fuerza asombrosa cuando se introduce en el corazón humano. Lo primero que provoca es aceptación propia.

¿Cuántos de nosotros estamos bloqueados porque no aceptamos nuestros defectos, errores y límites? ¿Cuántos creemos que no somos dignos del amor de los demás por algún error cometido? ¿Cuántos estamos encogidos sin liberar todo nuestro potencial humano y cristiano, porque pensamos que no somos capaces o tenemos miedo?

La misericordia, cuando la dejas entrar en el corazón revoluciona todo y te libera de miedos y prejuicios.

La misericordia te lleva a vivir la vida desde abajo, desde lo más humilde y también desde los más humildes.

El gran reto del cristiano hoy son los pobres, los que no cuentan. Hay mucha gente que hace cosas por los pobres y nos parecen héroes. Jesús nos llama, no a ser héroes y a hacer cosas por los pobres, sino a aprender de ellos. A tenerles en cuenta como si fueran los privilegiados del Reino. Esto es difícil pero muy liberador.

3. Actitudes e instrumentos para que nuestra vida cotidiana sea más cristiana

Después de todo esto, que está muy bien, uno se pregunta ¿cómo llevo todo esto a cabo?



Estamos de enhorabuena porque eso es lo que se ha preguntado la Iglesia durante sus 2000 años de existencia. Eso es lo que ha dado lugar a miles de propuestas distintas de espiritualidad. Yo os sugiero algunas actitudes y algunos instrumentos que a mi me sirven.

3.1. Actitudes para el seguimiento en la vida cotidiana

Confianza

Nuestra fe se basa en la confianza. Es más, uno va creciendo en la medida en que confía más en Dios y menos en sí mismo. De repente, descubre que confiar resulta más humano y más rentable que pretender que todo salga como uno lo piensa y lo desea. Dios es el único digno de confianza. Esto solo lo entiende quien se arriesga a confiar. Ante los pequeños retos de la vida cotidiana, las contradicciones, los malos tragos..., confía y *no quedarás defraudado*.

Sabiduría

En la vida cotidiana más que las grandes ideas cuenta la sabiduría: esa capacidad para descubrir el sentido a todo lo que ocurre. Vivir con sabiduría es saber valorar las cosas que ocurren a largo plazo. Saber mirar al pasado y ver la huella de Dios en tu existencia; mirar el presente saber dónde es más probable que Dios se manifieste; y mirar al futuro con esperanza sabiendo que Dios garantiza el éxito de tu vida. Por eso, hay personas que hasta las más terribles tragedias las viven con serenidad. Saben ver el plan de Dios en todo lo que les ocurre. Para esto hay que saber mirar la vida por debajo de la alfombra de lo superficial.

Aceptar la contradicción y el sufrimiento

Saber que el sufrimiento no es definitivo y aceptarlo en la vida cotidiana es una de las tareas más difíciles. Detrás de las crisis, de los momentos de bajón, de desánimo o dolor, hay una lección que aprender. Esos momentos nos acaban haciendo más lúcidos y más fuertes. Hay que saber afrontarlos con serenidad: Dios ha vencido la muerte resucitando a Cristo.

Misericordia con los demás y contigo mismo

Misericordia quiere decir: empezar a amar por lo más indigno, enamorarse de lo pobre y roto. Es así como Dios ama. Y por supuesto hay que empezar a practicar la misericordia con nosotros mismos: amar nuestros defectos y errores, amarnos tal cual somos. Estamos bien porque hemos sido creados así. Dios sabe cómo somos y nos quiere, si somos preciosos para Dios, ¡cuánto más para nosotros mismos y para los demás! Misericordia es también amar a los demás no por lo que me dan, o porque me atraen y deslumbran, sino porque son débiles como yo. En ellos Dios está realizando su plan, lo mismo que en mí. Misericordia es experimentar que perdonar no significa perder. Perdonar igual que te sientes perdonado, esa es la clave.

Estar en estado constante de conversión

O sea, estar atentos, vigilantes, no bajar la guardia. No se trata de ahuyentar cualquier clase de tentación y de peligro. Más bien se trata de evaluarnos para que nuestra vida no se aleje de la misericordia. La conversión es un don, no un logro personal. Es algo que Dios va haciendo en nosotros si le dejamos.

3.2. Instrumentos

Y todo esto cómo lo podemos hacer. Pues solo hay un modo. Haciendo hueco en nuestro horario para que quepan momentos de contacto con Dios. Yo os sugiero varios.

Oración diaria

Bien por la mañana o por la noche. Bien con un método u otro. La oración no es buena o mala por los sentimientos que te produce. La oración es la oración. Es un tiempo dedicado a la relación con el Amor. A veces será entusiasmante, a veces será árida, como suelen ser las relaciones. Lo importante es que seas fiel a la cita. Ya sabéis lo que decía el zorro al principito: los ritos son importantes.



La celebración

La celebración de los sacramentos, en especial de la eucaristía le da a tu vida cotidiana ese plus de misterio que el día a día no tiene. No se trata de asistir por asistir, sino de revivir en tu vida lo que Dios ha hecho por ti. Hay que irle dando más valor a los símbolos. Poco a poco las palabras tienen que ir dando paso en tu vida a los gestos. Deja de racionalizar y métete en el misterio del pan que se parte y la sangre que se derrama por ti: conviértete en aquello que comes. Deja de justificarte y ten el valor de confesar que eres débil, y sobre todo deja que otro (el sacerdote) te diga que Dios te quiere como eres.

Compromisos puntuales y eficaces

Ya has comprobado lo interesante que es ayudar a los demás. Ahora se trata de reservar dentro de tu horario tiempo gratuito para comprometerte con los pobres o con los que no conocen todavía la alegría del evangelio. Ten en cuenta que este tiempo es gratuito, vigílate, reconoce que algunas veces estás esperando algún tipo de recompensa. No te amargues porque no tienes el tiempo que tú querías. Se trata de que el tiempo que tienes lo emplees de una manera generosa en el plan de Dios. Empieza por los más cercanos: Jesús no buscó los grandes gestos, sino que fue curando a los que se encontraba en su vida cotidiana.

Examen

El examen de conciencia es una práctica muy antigua. Se trata de hacer, antes de acostarse, un repaso al día que has vivido. Más que ver tus errores y aciertos, es un rastreo interior de por dónde ha estado Dios hoy en tu vida, y si le has dejado actuar.

Es el momento para preguntarse: ¿qué he hecho durante el día?, ¿he estado en conexión con el plan de Dios sobre mí?, ¿o he estado absolutamente centrado en mis asuntos?, ¿he vivido la misericordia conmigo y con quien me he encontrado?

Al final se pide perdón a Dios por los errores y gracias por los dones.

Con este instrumento uno se va acostumbrando a vivir la vida cada vez más pendiente del plan de Dios, con más sabiduría, con más atención. De repente uno descubre que hay cosas que van cambiando.

